

—Sí, mi lecho, señor; soy prisionero, me han cogido esta tarde... pero por deudas.

—¡Preso por deudas! — exclamó Pickwick dejándose caer sobre una silla.

—Sí, señor, y el hombre que me ha puesto aquí no me dejará salir mientras vos estéis.

—¿Qué dices?

—Digo que estoy prisionero, aunque esto dure cuarenta años, y estoy contento; y si hubierais estado en Newgate, lo mismo hubiera pasado. A lo hecho pecho.

Al pronunciar estas palabras, que repitió muchas veces con gran violencia, Sam aplastó su sombrero contra el suelo en un estado de excitación muy extraordinario en él. Después, cruzando los brazos, miró de frente á su amo.

CAPITULO XLIV

Donde se encuentran varias aventuras ocurridas en la prisión, lo mismo que la conducta misteriosa de mister Winkle. — De cómo al fin fué puesto en libertad el pobre prisionero de la cancellería.

Mr. Pickwick estaba muy conmovido de la inquebrantable adhesión de su criado para manifestarse descontento de la precipitación con que se había hecho encarcelar por un período indefinido. La única cosa sobre la cual persistió en pedir explicación fué el nombre del acreedor de Sam, pero éste perseveró en no decirlo.

—De nada serviría eso, señor — repetía constantemente. — Es una criatura maliciosa, avarienta, vengativa, rencorosa, con un corazón que no es posible conmover.

—En verdad, Sam, la suma es tan pequeña, que sería fácil pagarla; y puesto que estoy decidido á guardarte conmigo, debes atender á que me serás muy útil pudiendo estar fuera.

—Os doy las gracias, señor, pero no quiero.

—¿Qué es lo que no quieres?

—No quisiera rebajarme á pedir un favor á aquel enemigo sin piedad.

—Pero no es pedirle un favor devolverle su dinero.

—Os pido perdón, señor; gran favor sería el pagarle, pero él no lo merece.

Mr. Pickwick se frotó la nariz con ademán de contrariedad, y Sam creyó conveniente cambiar de tema.

—Señor — dijo, — yo tomo mi determinación por principio, como vos tomáis la vuestra.

Así eludía Sam las preguntas de su amo durante la primera noche de su residencia en la cárcel. Al fin, viendo que todo era inútil, Mr. Pickwick consintió, aunque con esfuerzo, en que se albergara á un tanto por semana en la habitación de un zapatero que vivía en una de las galerías superiores. Sam llevó á aquella humilde estancia un colchón, unas sábanas y una manta alquiladas á Mr. Roker, y cuando se tendió sobre su lecho improvisado, estaba tan á sus anchas como si se hubiera criado en la prisión, y toda su familia hubiera vejetado allí durante tres generaciones.

—¿Fumáis después de acostado? — preguntó Sam á su huesped cuando uno y otro se colocaron horizontalmente.

—Sí, joven — respondió el zapatero.

—¿Queréis permitirme que os pregunte por qué hacéis vuestro lecho bajo la mesa?

—Porque estoy acostumbrado á dormir en una cama de dosel y me parece que la mesa hace el mismo efecto.

—Tenéis un famoso carácter — dijo Sam.

—No sé nada — respondió el zapatero sacudiendo la cabeza; pero si vos queréis adquirir un buen carácter, aquí es cosa fácil.

Durante este diálogo, Sam estaba extendido sobre su colchón á un extremo del cuarto, y el zapatero en el suyo al otro extremo. La pieza estaba iluminada por la luz de una vela y por la pipa del zapatero, que lucía bajo la mesa como una ascua. Por corta que fuera esta conversación, había predispuerto á Sam en favor de su compañero de cuarto; se incorporó y estuvo examinándole atentamente.

Era un hombre pálido; todos los zapateros lo son; tenía una barba ruda y erizada; todos los zapateros la tienen así; su rostro era una grotesca obra maestra, contraído, anguloso; reinaba en él el buen humor, y sus ojos habían tenido gran expresión, porque todavía resplandecían mucho.

El zapatero tenía sesenta años de edad, y Dios sabe cuántos de prisión, de modo que era singular descubrir

en él algo parecido á la alegría. Era un hombre pequeño, y como estaba replegado en su lecho, aparecía en toda su longitud; tenía en la boca una enorme pipa roja, y al fumar, contemplaba la pipa con una beatitud verdaderamente digna de envidia.

—¿Hace mucho que estáis aquí? — le preguntó Sam después de algunos minutos de silencio.

—Doce años — respondió el zapatero, mordiendo para hablar la punta de la pipa.

—¿Por despreciar el tribunal de la cancillería? — preguntó Sam.

El zapatero hizo un signo afirmativo.

—Pues bien, entonces — continuó Sam con descontento, — ¿por qué os obstináis en pasar vuestra vida aquí en este gran horno? ¿por qué no decís al canceller que sentís mucho haber faltado al respeto al tribunal, y que prometéis no volverlo á hacer?

El zapatero se puso la pipa en el extremo de la boca para sonreír, y la volvió á poner después en su sitio; no respondió nada.

—¿Por qué? — continuó Sam con más fuerza.

—¡Ah! — dijo el zapatero; — no entendéis de esos asuntos. Veamos; ¿cuál suponéis vos que ha sido la causa de mi ruina?

—¿Eh? — dijo Sam despabilando la vela; — supongo que habéis contraído deudas para empezar.

—Nunca he debido un ochavo; adivinad, pues.

—Pues bien; tal vez habéis comprado casas, lo cual quiere decir volverse loco en términos cultos; ó bien os habéis metido á edificar, lo cual se llama incurable en lenguaje médico.

El zapatero sacudió la cabeza y dijo:

—Probad otra vez.

—Supongo que no os habéis divertido en pleitear — continuó Sam en tono sospechoso.

—Eso no está en mis costumbres; el hecho es que me he arruinado por haber heredado.

—¡Vamos, vamos! eso no es creíble; yo quisiera tener un rico enemigo que me transmitiera una destrucción de esa especie; yo le dejaría obrar.

—¡Ah! bien sabía yo que no me creeríais — dijo el zapatero fumando su pipa con una resignación filosófica; — lo mismo me hubiera parecido á mí; sin embargo, es muy cierto.

—¿Cómo puede ser eso? — preguntó Sam, convencido á medias por el ademán tranquilo del zapatero.

—He aquí cómo: Un caballero viejo por quien yo trabajaba en provincias, tuvo un ataque y se murió; yo estaba casado con una parienta suya; ¡ella ha muerto,

Dios la bendiga!

—¿Dónde? — preguntó Sam, que después de los numerosos acontecimientos del día, estaba un poco adormecido.

—Yo no sé — respondió el zapatero hablando por la nariz, para gozar mejor de su pipa. — El murió.

—¿Y después?

—Después dejó cinco mil libras esterlinas.

—No me parece mal.

—Me dejó á mí mil libras, por estar casado con una de sus parientas.

—Muy bien — murmuró Sam.

—Y como estaba rodeado de una multitud de sobrinas y sobrinos que se disputaban, me hizo ejecutor testamentario, encargándome de dividir el resto entre ellos, como fidei-comisario.

—¿Qué queréis decir con eso? Si eso no es dinero contante, ¿de qué sirve eso?

—Es un término de ley, que quiere decir que tenía confianza en mí.

—No creo eso — contestó Sam inclinando la cabeza.

—Pero es igual; seguid.

—Cuando fuí á hacer registrar el testamento, las sobrinas y sobrinos, que estaban furiosos por no tener todo el dinero, se opusieron por un *caveat*.

—¿Y qué es eso?

—Un instrumento legal. Como quien dice: alto ahí.

—Ya entiendo; un pariente del *habeas corpus*.

—Después, viendo que no podían entenderse en la ejecución del testamento, retiraron el *caveat* y yo pagué todos los legados. Apenas había hecho esto, cuando un sobrino pide la anulación del testamento. El negocio se pleitea algunos meses; después, ante un viejo sordo, en una pequeña habitación junto al cementerio de San Pablo, y después de que cuatro abogados pasaron un día en embrollar el asunto, el juez pasó una semana ó dos en reflexionar sobre las piezas, que hacían seis gruesos volúmenes, y sentenció que, como quiera que el testador no tenía sólido el cerebro, yo debía pagar todo el dinero y todos los gastos.

Yo apelé. El negocio pasó ante tres ó cuatro caballeros muy dormidos, que ya habían entendido de él en el otro tribunal, donde eran abogados sin causa. La diferencia es que allí se les llamaba delegados, y aquí doctores. Bien: confirmaron la sentencia del juez sordo. Mi abogado me había cogido desde mucho antes todo mi dinero, así es que, entre lo principal, como ellos llaman esto, y los gastos, estoy aquí por diez mil libras esterlinas, y aquí estaré remendando zapatos hasta que

muera. Algunos señores han hablado de llevar el pleito ante el parlamento, y creo que lo hubieran hecho; solamente no tenían tiempo para venir á verme, y yo no podía ir á hablarles; se han fastidiado de mis largas cartas, han abandonado el asunto, y esto es la verdad ante Dios, sin una palabra de más ni de menos, como lo saben muy bien cincuenta personas aquí.

El zapatero se detuvo para ver qué efecto producía en Sam su historia. Pero Sam estaba dormido. El zapatero sacudió la ceniza de su pipa, la puso en el suelo al lado suyo, suspiró, tiró de su manta y se durmió también.

Al día siguiente por la mañana, Sam estaba activamente ocupado en limpiar los zapatos de su amo y en cepillar las polainas negras en la habitación del zapatero. Mr. Pickwick estaba solo almorzando, cuando tocaron ligeramente á la puerta.

Antes de que tuviera tiempo para gritar *adelante*, vió aparecer una cabeza melenuda y un pantalón de terciopelo, artículos de vestir que reconoció ser propiedad de Mr. Smangle.

—¿Cómo va? — preguntó este virtuoso personaje, acompañando su pregunta de dos ó tres signos de cabeza. —¿Esperáis á alguien hoy por la mañana? Hay ahí tres caballeros muy elegantes, que preguntan por vos y tocan en todas las puertas.

—¿Pero en qué piensan? — dijo Mr. Pickwick levantándose. —Sí, son sin duda algunos amigos que yo esperaba ayer.

—¡Amigos vuestros! — exclamó Mr. Smangle, estrechando la mano de Mr. Pickwick. — Desde este momento son mis amigos, y amigos de Mivins también. Es muy agradable y distinguido ese Mivins, ¿no es cierto? —añadió Smangle con sensibilidad.

—En verdad, — respondió Mr. Pickwick vacilando; —conozco tan poco á ese caballero, que...

—Lo sé, — interrumpió Smangle, dándole un golpecito en la espalda. — Mejor le conoceréis algún día; os encontrará. Este hombre, — continuó Mr. Smangle con solemne apostura, — tiene talentos cómicos, que harían honor al teatro de Drury-Lane.

—¿De veras?

—¡Sí, por Júpiter! ¡Si lo oyérais cuando imita el gato en un tonel! Son cuatro gatos distintos, claros; os doy mi palabra de honor. ¡No veis que es tan espiritual! No puede uno menos de amar á un hombre que tiene un talento semejante! No tiene más que un defecto; aquella pequeña debilidad de que os he hablado.

Como al decir esto, Mr. Smangle movió la cabeza de

un modo confidencial y simpático, Mr. Pickwick comprendió que debía decir alguna cosa.

—¡Ah! — exclamó mirando con impaciencia á la puerta.

—¡Ah! — repitió Mr. Smangle con un profundo suspiro; — este hombre es un delicioso compañero; no conozco otro mejor; no tiene más que un pequeño defecto; si la sombra de su abuelo se le apareciera, hacía una letra de cambio sobre papel timbrado y le suplicaría que lo endosara.

—¡No es posible! — exclamó Mr. Pickwick.

—Sí, — añadió Mr. Smangle; — si tuviera poder para evocarlo otra vez, lo evocaría al cabo de dos meses y tres días, para renovar su billete.

—¡Esos son negocios muy notables! — dijo Mr. Pickwick; — pero mientras hablamos aquí, temo que mis amigos estén buscándome.

—Voy á traerlos, — respondió Smangle dirigiéndose hacia la puerta. — Adiós, no os incomodaré mientras estén aquí; apropósito...

Al pronunciar estas dos palabras, Mr. Smangle se detuvo de repente, cerró la puerta que había abierto á medias, y andando sobre la punta de los pies, se acercó á Mr. Pickwick, diciéndole en voz baja al oído:

—¿No podríais sin molestia prestarme media corona hasta el fin de la semana próxima?

Mr. Pickwick no pudo menos de reirse; sin embargo, pudo conservar su gravedad, sacó media corona y la puso en manos de Mr. Smangle. Este, después de guiñar el ojo con misterio, desapareció para buscar á los tres forasteros, con los cuales volvió poco después; entonces, habiendo tosidó tres veces y hecho á Mr. Pickwick otros tantos signos con la cabeza como asegurándole que no olvidaría su deuda, dió algunos apretones de manos á todos y se retiró.

—Mis queridos amigos, — dijo Mr. Pickwick estrechando alternativamente las manos de Mr. Tupman, de Mr. Winkle y de Mr. Snodgraas, que eran los tres visitantes en cuestión. — ¡Cuánto me alegro de veros!

El triunvirato estaba muy afectado; Mr. Tupman movió la cabeza con ademán de consuelo; Mr. Snodgrass sacó el pañuelo con emoción visible; Mr. Winkle se retiró al hueco de la ventana y lloró en voz alta.

—Buenos días, — dijo Sam que entraba en aquel momento con los zapatos y las polainas. — Basta de melancolía; bien venidos seáis á la prisión.

—Este loco de Sam. — dijo Mr. Pickwick dándole un golpecito en la cabeza, mientras el criado se arrodillaba para abotonar las polainas á su amo; — ese loco

de Sam, que se ha hecho poner preso para estar conmigo.

— ¡Cómo! — exclamaron los tres amigos.

— Sí señores, — dijo Sam, — yo estoy... estáis quieto, señor. Yo estoy prisionero.

— ¡Prisionero! — exclamó Mr. Winkle con una vehemencia inconcebible.

— ¿Eh, señor? — respondió Sam levantando la cabeza... — ¿qué es eso?

— Yo esperaba. Sam... es decir... nada, nada, — respondió Mr. Winkle precipitadamente.

Había algo de brusco y extraviado en las maneras de Mr. Winkle. Mr. Pickwick miró involuntariamente á sus dos amigos como para pedirles una explicación.

— Nada sabemos, — dijo Mr. Tupman respondiendo á aquella intimación; — hace dos días que está muy agitado y muy distinto de lo que es ordinariamente; sospechamos que tenía alguna cosa; pero se obstina en callarla.

— No, no, — dijo Mr. Winkle sonrojándose ante la mirada de Mr. Pickwick; — no tengo nada; os aseguro que no tengo nada; solamente me veré obligado á dejar la ciudad por algún tiempo para un asunto privado, y yo esperaba que me permitiríais llevar conmigo á Sam.

La fisonomía de Mr. Pickwick expresó aún más admiración.

— Creo, — balbuceó Mr. Winkle, — que Sam no rehusaría; pero evidentemente es cosa imposible, puesto que está prisionero aquí; me veré obligado á ir solo.

Mientras Mr. Winkle decía esto, Mr. Pickwick advertió con alguna sorpresa que los dedos de Sam temblaban al abrochar las polainas, como si estuviera sorprendido ó conmovido. Cuando Mr. Winkle cesó de hablar, Sam levantó la cabeza para mirarle, y aunque la mirada que cambiaron no duró sino un instante, pareció que se entendieron.

— Sam, — dijo Mr. Pickwick; — ¿sabes tú algo de esto?

— No señor, — replicó Sam, empezando á abotonar de nuevo con una asiduidad extraordinaria.

— ¿Estáis seguro de ello, Sam?

— ¡Eh! estoy seguro de haber jamás oído cosa alguna de esto hasta ahora. Si hago algunas conjeturas, — añadió Sam mirando á Mr. Winkle, — no tengo derecho á decir lo que es, por miedo á equivocarme.

— Y yo no tengo derecho á ingerirme en los asuntos de un amigo por íntimo que sea, — continuó Mr. Pickwick después de un corto silencio. — Ahora diré tan sólo que

no comprendo nada; pero ya basta.

Mr. Pickwick varió de conversación. y Mr. Winkle se mostró más tranquilo, aunque estaba muy distante de estarlo. Sin embargo, nuestros amigos tenían tantas cosas que decir, que la mañana pasó rápidamente; á eso de las tres, Sam puso sobre la mesa un pedazo de carnero y un pastel enorme, con sus correspondientes platos de legumbres y algunos jarros de cerveza. Aunque esta comida había sido preparada en una cocina próxima á la carcel, todos estuvieron dispuestos á honrarla.

A la cerveza sucedieron una botella ó dos de excelente vino, por el cual había mandado Mr. Pickwick un expreso al café de *Corne*.

Si la conducta de Mr. Winkle había sido inexplicable por la mañana, fué enteramente sorprendente cuando, bajo la influencia de las botellas vacías, se despidió de su amigo. Permaneció apartado hasta que Mr. Tupman y Mr. Snodgrass desaparecieron; y entonces, estrechando la mano de Mr. Pickwick con una fisonomía en que la calma de una resolución desesperada se mezclaba horriblemente con la tristeza, le dijo:

— Buenas noches, mi querido amigo.

— ¡Dios os bendiga, joven! — exclamó Mr. Pickwick estrechando con calor la mano de su joven amigo.

— ¡Vamos, pues! — gritó Mr. Tupman desde la galería.

— Sí, sí, inmediatamente, — respondió Mr. Winkle; — buenas noches.

— Buenas noches, — dijo Mr. Pickwick.

Diéronse otra vez las buenas noches, después una media docena de veces; y sin embargo, Mr. Winkle tenía aún sólidamente entre sus manos la del filósofo, y contemplaba su rostro con la misma expresión extraordinaria.

— ¿Os pasa alguna cosa? — dijo Mr. Pickwick cuando tuvo el brazo fatigado de tanta sacudida.

— No, no.

— Pues bien, entonces, buenas noches, — dijo tratando de desprender su mano.

— Mi amigo, mi bienhechor, mi respetable mentor, — murmuró Mr. Winkle asiéndole por el puño; — no me juzguéis severamente, y cuando sepáis los obstáculos insuperables...

— ¡Vamos, pues! — dijo Mr. Tupman reapareciendo en la puerta. — Si no venís, vamos á ser encerrados aquí.

— Sí, sí; estoy pronto. — replicó Mr. Winkle; y por un violento esfuerzo, salió de la habitación de *msiter* Pickwick.

Nuestro filósofo le siguió con la vista á lo largo del corredor con muda sorpresa, cuando Sam apareció en lo alto de la escalera, y habló un instante al oído de mister Winkle.

—¡Oh! ciertamente, contad conmigo, — respondió este en voz alta.

—Gracias; ¿no lo olvidaréis?

—No.

—Buena suerte, señor, — dijo Sam quitándose el sombrero; — me hubiera alegrado ir con vos; pero el amo es antes que nadie.

—Tenéis razón. esto os honra mucho, — dijo mister Winkle.

Al decir esto, los interlocutores bajaban la escalera y desaparecían.

—¡Es muy extraordinario! — pensó Mr. Pickwick entrando en su habitación y sentándose junto á la mesa en actitud de reflexionar. ¿Qué le pasará á ese joven?

Hacia algún tiempo que meditaba así, cuando la voz de Mr. Roker preguntó si podía entrar.

—Sí, — dijo Mr. Pickwick.

—Os he traído una almohada más blanda, en vez de la provisional que teníais la noche última.

—Gracias; ¿queréis tomar un vaso de vino?

—Sois muy amable, — replicó Mr. Roker aceptando el vaso. — A vuestra salud, caballero.

—Muchas gracias.

—Tengo el sentimiento de anunciaros que vuestro propietario no está hoy muy bueno, — dijo el carcelero mirando el ala de su sombrero antes de ponerlo en la cabeza.

—¿Cómo? ¿el prisionero de la cancillería? — exclamó Mr. Pickwick.

—No será mucho tiempo más prisionero de la cancillería. — replicó Mr. Roker.

—Me hacéis estremecer, — continuó Mr. Pickwick;

—¿qué queréis decir?

—Hace mucho tiempo que está enfermo del pecho, y anoche respiraba con mucho trabajo, hace seis meses que el médico nos ha dicho que sólo un cambio de aires podía salvarlo.

—¡Gran Dios! Ese hombre ha sido lentamente asesinado por la ley, durante seis meses.

—No sé, — contestó Mr. Roker. — Yo creo que lo mismo se hubiera muerto en otra parte. Ha ido á la enfermería esta mañana. El doctor ha dicho que es preciso sostener sus fuerzas todo lo que sea posible, y el gobernador le manda vino y caldo de su casa. No es culpa del gobernador.

—No, sin duda, — replicó Mr. Pickwick.

—A pesar de todo esto, — continuó Mr. Roker, — temo que haya muerto ya. He ofrecido á Neddy apostar con él dos cuartos contra diez á que no vuelve en sí; pero no ha querido apostar, y ha hecho bien. Buenas noches, señor.

—Esperad, — dijo Mr. Pickwick, — dónde está la enfermería?

—Debajo de vuestra habitación; voy á enseñárosla, si queréis.

Mr. Pickwick tomó su sombrero y siguió al carcelero.

Este le condujo en silencio, y abriendo la puerta de la enfermería, le hizo entrar.

Era una pieza grande, desnuda, desolada, donde había muchas camas de hierro; una de ellas contenía la sombra de un hombre flaco, pálido, cadavérico. Su respiración era lenta y penosa; á cada minuto gemía lastimosamente. En la cabecera del lecho estaba sentado un viejo pequeño, que tenía puesto un delantal de zapatero, y que, mediante unos grandes espejuelos con montura de cuerno, leía en voz alta un pasaje de la Biblia. Era el feliz legatario.

El enfermo puso su mano sobre el brazo del viejo, y le hizo señas de que se detuviera. Este cerró el libro y le colocó junto al lecho.

—Abrid la ventana, — dijo el enfermo.

La ventana fué abierta, y el ruido de las carretas y coches, los gritos de los hombres y los niños, todos los ruidos de la multitud ocupada, penetraron en la habitación, confundidos en un violento murmullo. Se elevaban de tiempo en tiempo algunas alegres risas ó canciones cómicas que se perdían entre el tumulto de las voces y de los pasos, sordos gemidos de las agitadas olas de la vida, que rodaban pesadamente en el exterior.

En todas las situaciones estos sonidos confusos y lejanos parecen melancólicos al que los escucha á sangre fría; pero mucho más al que vela junto á un lecho de muerte.

—¡No hay aire aquí! — dijo el enfermo con voz débil. — Estos muros lo corrompen. Era fresco alrededor, cuando yo paseaba hace muchos años; pero al entrar en la prisión se ha hecho caliente. No puedo respirarlo.

—Le hemos respirado durante mucho tiempo, — dijo el zapatero. — Vamos, vamos, paciencia.

Sucedió un corto silencio, durante el cual los dos espectadores se acercaron al lecho. El enfermo tomó la mano de su viejo camarada de prisión, y la tuvo estrechada con afecto entre las gúyas.

—Espero, — dijo con voz entrecortada y tan débil

que los circunstantes se inclinaron sobre el lecho para recoger los sonidos medio formados que se escapaban de sus labios lívidos; — espero que mi juez, lleno de clemencia, no olvidará el castigo que yo he sufrido sobre la tierra. ¡Veinte años, amigo, veinte años en esta horrible tumba! Mi corazón se ha desgarrado cuando murió mi niña, y no he podido ni abrazarla en su pequeño ataúd. Desde entonces, en medio de este ruido, mi soledad ha sido terrible. ¡Que Dios me perdone! ¡Ha visto mi agonía solitaria y prolongada!

Después de estas palabras el viejo unió las manos y murmuró algo más; pero tan bajo, que no podía oírsele. Después se durmió: los circunstantes le vieron sonreír.

Durante algunos minutos hablaron entre sí en voz baja; pero el carcelero que se había inclinado sobre la almohada, se enderezó precipitadamente.

—Ya está libre, — dijo.

Era verdad. Pero durante su vida había sido tan parecido á un muerto, que no se supo nunca en qué instante había espirado.

CAPITULO XLV

Donde se describe una tierna entrevista entre Mr. Samuel Weller y su familia. Mr. Pickwick da una vuelta al pequeño mundo que habita, y toma la resolución de mezclarse en él lo menos posible.

Algunas mañanas después de su encarcelación, Sam, habiendo arreglado la habitación de su amo con todo el cuidado posible, y habiendo dejado al filósofo confortablemente sentado junto á sus libros y papeles, se retiró para emplear una hora ó dos lo mejor que pudiera. Como el día estaba bello, pensó que una pinta de cerveza al aire libre podría embellecer su existencia mejor que nada.

Dirigióse á la taberna, compró su líquido, adquirió además un periódico de la antevíspera, dirigió una mi-

rada platónica á una joven lady que estaba ocupada en pelar las patatas; después abrió el periódico y lo dobló de manera que quedara á la vista la revista de tribunales. Leyó dos líneas y se detuvo para contemplar á dos individuos que concluían una partida. Cuando ésta terminó, Sam les gritó, *muy bien*; después miró en torno suyo para saber si la opinión de los espectadores coincidía con la suya.

Apenas se había recogido en el estado de abstracción necesaria, creyó oír que le llamaban de lejos. No se había engañado, porque su nombre pasaba rápidamente de boca en boca, y pocos segundos después el aire resonaba con los gritos de Weller, Weller.

—Aquí — exclamó Sam con voz estentórea. — ¿Qué hay? ¿quién me necesita? ¿ha venido un expreso á decirme que mi casa de campo se ha incendiado?

—Os llaman en la sala — dijo uno acercándose.

—Gracias — respondió Sam. Tened cuidado con mi periódico y mi cerveza; vuelvo en seguida. Si me llaman á la barra del tribunal, no harían más ruido que para esto.

Sam acompañó estas palabras con un golpecito dado en la cabeza del caballero arriba citado, el cual, no creyendo estar tan cerca de la persona por quien preguntaban, gritaba con todas sus fuerzas Weller. Después se dirigió á la sala. Cuando llegó, lo primero en que se fijaron sus ojos fué su padre, que estaba sentado en lo alto de la escalera, y con el sombrero en la mano vociferaba ¡Weller! cada medio minuto.

—¿Por qué rugís? — preguntó Sam impetuosamente. — Tenéis la apariencia de un soplador de botellas encolerizado. ¿Qué hay?

—¡Ah! — replicó Mr. Weller. — Yo empezaba á temer que hubierais ido á dar una vuelta por el parque.

—Vamos, no insultéis á la víctima de vuestra avaricia. Quitaos de ese escalón. ¿Por qué estáis sentado ahí? Esta no es mi habitación.

—Vas á oír una cosa buena, Samuelillo — dijo mister Weller levantándose.

—Esperad un minuto — dijo Sam; estaré todo blanco por detrás.

—Tienes razón, Samuelillo. Quitate eso — dijo mister Weller, mientras su hijo se sacudía la cal.

—Veamos ahora: ¿qué es lo que me tenéis que decir?

—Adivina á qué he venido aquí, Samuelillo — dijo Mr. Weller, retrocediendo un paso ó dos, mordiéndose los labios y frunciendo las cejas.

—¿Mr. Pell?...

Mr. Weller movió la cabeza, y sus mejillas se hin-